justo al divino llamamiento. Mientras alimenta tan malas disposiciones, mejor es que permanezca en el mundo hasta que se determine a darse a Dios totalmente y padecer por Él toda suerte de trabajos; porque si no, se perjudicará a sí mismo y a la religión, de la cual saldrá con cualquier pretexto, y, además de quedar desacreditado delante del mundo, se hará a los ojos de Dios reo de mayor pecado, por haber sido infiel a su llamamiento; perderá en Él su confianza y no dará un paso en el camino de la virtud, y sólo Dios puede saber los desastres y caídas que seguirán a esta primera caída.

¡Qué agradable es a los ojos de Dios una comunidad cuyos miembros se esfuerzan por agradarle y complacerle, que viven en el mundo, pero sin vivir en él, pues todos sus pensamientos los tienen puestos en Dios!

El religioso sólo debe suspirar por alcanzar la vida eterna. ¡Dichosos nosotros si estos cuatro días que tenemos de vida los gastamos en servir a Dios! En esto deben poner mayor empeño los que han perdido en el mundo buena parte de su vida. Meditemos con frecuencia en la eternidad, y entonces padeceremos con gusto y alegría cualquier trabajo.

Demos gracias a Dios, que tan pródigo se muestra con nosotros, dándonos tantas luces y tantos medios para amarle con toda perfección, y, sobre todo, por haberse dignado escogernos con tanta bondad y amor entre tantos hombres para que le sirvamos en la vida religiosa. Esforcémonos por adelantar en virtud para

agradarle, puesto que, como Santa Teresa decía a sus religiosas, ya que hemos hecho lo más con la gracia de Dios para hacernos santos, renunciando al mundo y a todos sus bienes; hagamos, pues, lo menos que nos falta y llegaremos a escalar el monte santo de la perfección. Tengo por cierto que Jesucristo ha preparado en el cielo un glorioso trono para todos los que mueren en la religión. En este mundo seremos pobres y despreciados, y tratados de locos y de imprudentes; pero en la otra vida se trocarán las suertes.

Encomendémonos siempre a nuestro amantísimo Redentor, oculto en el sagrario, y a la Santísima Virgen María, puesto que todos los religiosos deben profesar amor entrañable a Jesús Sacramentado y la Inmaculada Concepción de María. No perdamos jamás la esperanza: Jesucristo nos ha escogido para ser sus cortesanos, y tenemos pruebas patentes de la protección que dispensa a todas las Ordenes religiosas y a cada religioso en particular. "El Señor es mi luz y mi salvación -dice David-; ¿a quién he de temer?" (47).

Acabad, Señor, vuestra obra; hace que vivamos consagrados a vuestra honra y gloria, a fin de que todos los miembros de vuestras religiones tengan la dicha de agradaros en todo hasta el día del juicio, y ganen para vuestra gloria a innumerables almas. Amén, así sea.

47: Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? (Ps, XXVI, I).

CAPÍTULO II

I

Respuesta a un joven que pide consejo acerca del estado de vida que debe elegir.

Su carta de usted me da a entender que desde hace algún tiempo se siente inspirado por Dios a abrazar la vida religiosa. A la vez me dice que se han despertado algunas dudas en su espíritu y especialmente aquella de que si podrá santificarse en el siglo sin hacerse religioso.

Le responderé brevemente; porque si usted desea más larga respuesta, puede leer, con provecho, el librito que con el título *Avisos sobre la vocación religiosa* he publicado.

Aquí solamente le diré en pocas palabras que el negocio de elección de estado es de capital importancia, por depender de él la salvación eterna. El que abraza el estado a que Dios le llama, fácilmente se salvará; pero el que desoye la voz del Señor, será difícil, mejor diré, será moralmente imposible que se salve. La mayor parte de los réprobos están en el infierno por no haber correspondido al llamamiento de Dios.

Por tanto, si usted quiere elegir aquel género de vida en el cual asegure mejor su salvación, que es lo único que nos debe importar, considere que su alma es inmortal y que Dios le ha puesto en el mundo, no, a buen

seguro, para atesorar riquezas, ni conquistar honores, ni llevar vida cómoda y regalada, sino únicamente para alcanzar la vida eterna por medio de la práctica de la virtud. "Tenéis por fin, dice San Pablo a los romanos, la vida eterna" (48). En el día del juicio de nada le servirá el haber puesto en buen pie su casa y haberse aventajado sobre los demás en el mundo; lo único que entonces le aprovechará será el haber servido y amado a Jesucristo, que le ha de juzgar.

Cree usted que, permaneciendo en el siglo, podrá también santificarse. Sin duda que lo podrá, señor mío; mas con no poca dificultad. Pero si Dios lo llama a usted a la vida religiosa y quiere permanecer en el mundo, su santificación, como he dicho, será moralmente imposible; porque en el siglo se verá privado de la luces y auxilios que Dios le dispensará en la religión, y sin unos y otros no logrará usted salvarse.

Para alcanzar la santidad hay que emplear los medios que a ella nos conducen, como son las huídas de las ocasiones peligrosas, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la unión con Dios y la vida de recogimiento. Además, para no cansarse en el camino emprendido, debe frecuentar los sacramentos, hacer todos los días oración mental, leer algún libro piadoso y ejercitarse en otras prácticas devotas, sin las cuales no es fácil conservar el fervor. Ahora bien: ejercitarse en

---

48: Finem vero, vitam aeternam. (Rom, VI, 22).

todas estas obras de piedad en medio del bullicio y tráfago del mundo es harto difícil, por no decir imposible. Los cuidados de la familia, las necesidades de la casa, los lamentos y quejas de los parientes, los pleitos, las persecuciones de que está lleno el mundo, tendrán su ánimo tan preocupado y tan cargado de temores, que apenas le será posible encomendarse a Dios por la noche, y esto en medio de mil distracciones. Bien quisiera usted hacer oración y leer un libro espiritual, y comulgar con frecuencia, y visitar todos los días al Santísimo Sacramento; pero tan buenos propósitos se los estorbarán los negocios del mundo, y lo poco que haga será con mucha imperfección, por tenerlo que hacer entre sinnúmero de ocupaciones y con el espíritu disipado. De suerte que su vida será muy desasosegada, y su muerte también muy turbada e inquieta.

Los amigos del mundo, por su parte, no tendrán reparo en inspirarle temor a la vida religiosa, pintándosela como insoportable y llena de sinsabores. Por otra parte, el mundo le brindará con sus riquezas, placeres y diversiones; piénselo bien y no se deje engañar, porque el mundo es un traidor, que sabe prometer, pero no sabe cumplir. Le ofrece bienes de la tierra; y aunque le diese todo lo que ofrece, ¿serían poderosos todos ellos a calmar las ansias de su alma? No porque sólo Dios puede darle la paz verdadera. El alma ha sido criada únicamente para Dios, para amarle en esta vida y después gozarle en la eterna, y por esto sólo Él

puede satisfacer los deseos de su corazón. Todos los placeres y riquezas del mundo no son poderosos a darnos la verdadera paz; al contrario, el que mayor caudal de estos bienes posee en el mundo, anda más turbado y afligido, como confiesa Salomón, quien después de haber gozado tanto exclama: "Todo es vanidad y aflicción de espíritu" (49).

Si el mundo con todos sus tesoros pudiera llenar los senos del corazón humano, los ricos, los grandes, los reyes, que nadan en la abundancia, que gozan de placeres, que son por todos honrados, serían plenamente felices; pero la experiencia nos enseña lo contrario: nos enseña que, mientras más encumbrados y enaltecidos están, tanto mayores son las angustias, los pesares y las aflicciones que experimentan. Un pobre lego capuchino, vestido con burdo sayal y ceñido con ceñidor de cuerda, que come pobremente y duerme sobre la paja en celda estrecha, vive más feliz y contento que un príncipe que viste telas recamadas de oro y posee tesoros sin cuento. Se sentará todos los días a opípara mesa, dormirá en mullido lecho bajo ricos pabellones; pero los cuidados y las angustias de espíritus ahuyentarán el sueño de sus párpados. "¡Cuán loco es -exclama San Felipe Neri -el que por amar al mundo no ama a Dios!".

Pero si los mundanos llevan una vida de sobresaltos y congojas, mayores los experimentarán en la hora

---

49: Universal vanitas et aflictio spiritus. (Eccl, I, 14).

de la muerte, cuando el sacerdote que los asista les intime la orden de partir de esta vida, diciéndoles: "Alma cristiana, sal de este mundo, abrázate con el crucifijo, porque el mundo ya se acabó para ti". El mal está en que los mundanos apenas si piensan en Dios ni en la otra vida, donde han de vivir por toda la eternidad. Casi todos sus pensamientos van a parar en las cosas de la tierra, y por eso llevan vida desgraciada y mueren con muertes desastrosas.

Por tanto, si usted quiere acertar en la elección de estado, procure que no se le caiga de la consideración la hora de la muerte, y, puesto en aquel duro trance, mire bien el género de vida que hubiera querido llevar. Entonces ya no podrá corregir el yerro, si tiene ahora la mala fortuna de equivocarse, menospreciando el divino llamamiento por seguir su libertad y sus caprichos. Considere que todo lo de este mundo pasa y desaparece, como dice San Pablo por estas palabras: "La escena de este mundo pasa en un momento" (50). Todo se acaba, y la muerte nos sale al encuentro, de suerte que a cada paso que damos nos acercamos a ella y nos aproximamos a la eternidad, para la cual hemos nacido. Porque escrito está: "Irá el hombre a la casa de su eternidad" (51). Cuando estemos más descuidados nos sorprenderá la muerte, y en aquel duro lance todos los

50: Praeterit enim figura hujus mundi. (I Cor, VII, 31).
51: Ibit homo in domun aeternitatis suae. (Ecclesiastes, XII, 5).

bienes del mundo nos parecerán vana ilusión, mentira, engaño, vanidad. "¿De qué le aprovechará entonces al hombre –pregunta Jesucristo– haber ganado todo el mundo si pierde su alma?" (52). Sólo servirá para acabar con muerte desgraciada una vida infeliz.

Por el contrario, un joven que ha abandonado el mundo para seguir las huellas de Cristo, vivirá feliz y contento, pasando sus días en una celda solitaria, lejos del bullicio del mundo y de los frecuentes peligros que se corren en él de perder a Dios. Verdad es que en el monasterio no tendrá ni conciertos, ni bailes, ni comedias, ni otras mundanas diversiones; pero tendrá a Dios, que le recreará con mil regalos y le dará a gustar aquella paz que se puede gozar en este valle de lágrimas, lugar de trabajos y padecimientos, donde hemos sido puestos para conquistar a fuerza de paciencia, aquella otra verdadera y cumplida paz que Dios nos tiene deparada en la gloria. Cuando se vive alejado de las diversiones del mundo, una amorosa mirada dirigida de cuando en cuando al crucifijo, un *Dios mío y todas las cosas* pronunciado con fervor, un *Dios mío* que se escapa del corazón, proporciona al alma más consuelo que todos los pasatiempos y banquetes del mundo, que, después de gustados traen, en pos de sí, nos pocos dejos de amargura.

52: Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? (Matth, cap. XVI, 26).

Y si por haber abrazado el estado religioso vivirá contento durante la vida, mayor contento experimentará en la hora de la muerte. ¡Qué consuelos no experimentará entonces al recordar que ha gastado su vida en la oración, la lectura espiritual, la mortificación y otros ejercicios devotos, y especialmente si en la religión ha empleado sus mejores años, salvando almas por medio del ministerio de la predicación y confesión! Todo esto aumentará a la hora de la muerte la confianza que tiene puesta en Jesucristo, el cual, como muy agradecido, sabe premiar con largueza a los que han trabajado por aumentar su gloria.

Pero vengamos ya a tratar más de propósito la elección que debe usted hacer. Ya que el Señor le mueve a dejar el mundo para darse todo a Él en la religión, tiene sobrados motivos para alegrarse y temblar a la vez. Alégrese, pues, y dé gracias a Dios, porque el ser llamado a una vida más perfecta es una gracia especialísima que el Señor no dispensa a todos. "No ha hecho otro tanto -dice el Salmista- con las demás naciones" (53). Pero a la vez tiemble, porque, si no obedece a la voz divina, pone en gran peligro su eterna salvación. No puedo detenerme a referirle aquí los muchos ejemplos de jóvenes que, por no haber hecho cuenta con la vocación divina, han llevado vida desgraciada, acabándola con muerte desastrosa. Tenga por

53: Non fecit taliter omni naitoni. (Ps, CXLVII, 20).

cierto que, si a pesar de la inspiración que usted siente de abrazar la vida religiosa permanece en el mundo, llevará una vida sin paz ni sosiego, preludio de la muerte inquieta que le aguarda, pues en aquel trance se sentirá despedazado por los remordimientos, a causa de haber desoído la voz de Dios, que le llamaba al claustro.

Al fin de su carta me pregunta usted que si, en el caso de no tener bastante ánimo para entrar en religión, sería mejor casarse, como quieren sus padres, o hacerse sacerdote secular.

A lo primero le diré que no puedo aconsejarle que abrace el estado del matrimonio, porque San Pablo tampoco lo aconseja a nadie, a no ser en el caso de remediar una habitual incontinencia, y cierto estoy que usted no se halla en semejante caso.

En cuanto a hacerse sacerdote secular, advierta que el sacerdote en el siglo tiene todas las cargas del sacerdocio, y además las distracciones y peligros de los seglares, puesto que, viviendo en medio del mundo, no puede evitar los tropiezos y dificultades que le causan los negocios de su casa o de sus parientes, y, por lo mismo, son muy contados los sacerdotes que, viviendo en su propia casa, aspiran a la perfección.

Por el contrario, si usted entra en un Instituto religioso donde reina la observancia regular, se verá libre de los cuidados que ocasionan el pensar en la comida y en el vestido, porque de todo le proveerá la religión;

allí vivirá lejos de los parientes, que, de continuo le molestarían con los negocios y asuntos de la casa; allí no encontrará mujeres que puedan turbar su espíritu; allí alejado del ruido del mundo, nada le estorbará vivir recogido y dedicado a la oración.

La hablo de una religón donde "reine la observancia regular"; porque, si usted quisiera entrar en un Instituto del cual ha desaparecido el fervor, mejor sería que permaneciera en su casa, cuidando como mejor pudiera de la salvación de su alma; puesto que, dando su nombre a un Instituto que ha caído en la relajación, se expone al peligro de condenarse; pues dado caso que entrase resuelto a dedicarse a la oración y a no pensar más que en Dios, arrastrado, sin embargo, por los malos ejemplos de los compañeros y ridiculizado por ellos, y tal vez hasta perseguido por no querer llevar su manera de vida, acabaría por abandonar todas sus devociones y seguir los derroteros que le señalaran los demás, como lo prueba la experiencia.

En fin: si Dios se digna concederle la gracia de la vocación, esfuércese por conservarla, encomendándose sin descanso a Jesús y María en sus oraciones, y no olvide que, si se determina a entregarse totalmente a Dios, el demonio se esforzará cada día más por hacerle caer en pecado, y, sobre todo, para hacerle perder la vocación.

Termino ofreciéndole todos mis respetos y pidiendo al Señor le haga todo suyo.

II

Avisos a una joven que vacila acerca del estado que ha de elegir.

Hermana mía en Jesucristo: Me dice usted que está deliberando acerca del género de vida que debe abrazar. Advierto que usted vacila, porque, por una parte, el mundo le convida a escoger el estado del matrimonio, y, por otra, la invita Jesucristo a tomar el velo de religiosa en un monasterio observante.

Piénselo bien, porque de la elección que haga depende su eterna salvación. Por eso le recomiendo muy encarecidamente que pida a Dios todos los días su santa gracia, y comience ya a hacerlo hoy mismo, en que comienza a leer estas páginas, a fin de que el Señor le dé la luz y la fortaleza que necesita para elegir aquel estado en que mejor asegure su salvación, y no tenga que arrepentirse de la elección hecha durante toda su vida y por toda la eternidad, cuando le falte el tiempo de enmendar su yerro.

Piense bien cuál sea para usted el partido más ventajoso y el que le haga más feliz y dichosa, si el tener por esposo a un hombre del mundo o a Jesucristo, Hijo de Dios y Rey del cielo; vea cuál de los dos le parece mejor y elija entre ambos. Trece años tenía la virgen Santa Inés cuando, por su extremada belleza, se vió prentendida de muchos jóvenes, entre los cuales se encontraba el hijo del Prefecto de Roma; mas ella, diri-

giendo una mirada a Jesucristo, que la quería para sí, contestó: "He hablado a un esposo mejor que tú y que todos los reyes de la tierra; justo es que no lo cambie por otro". Y, en efecto, antes que consentir en cambio tan desigual, prefirió gustosa perder la vida en tan temprana edad, muriendo mártir por amor de Jesucristo. La misma respuesta dió la virgen Santa Domitila al conde Aurelio gran señor de Roma, y antes que abandonar a Jesucristo prefirió ser martirizada y quemada viva. ¡Cuán alegres y gozosas estarán ahora en el cielo, y lo estarán por toda la eternidad, estas santas vírgenes por haber hechos tan buena elección! Suerte tan feliz y dichosa tiene el Señor deparada a todas las doncellas que por entregarse a Jesucristo han abandonado el mundo.

Examine, pues, las consecuencias que se han de seguir de la elección que usted haga entre el mundo y Jesucristo. El mundo le brinda con los bienes de la tierra: honores, riquezas, placeres, pasatiempos. Jesucristo, por el contrario, le presenta azotes, espinas, oprobios, cruz, que estos fueron los bienes que disfrutó mientras vivió en el mundo. Pero, en cambio, Jesucristo le ofrece dos inapreciables bienes que no puede darle el mundo, a saber: la paz del corazón en esta vida y el paraíso en la otra.

Además, antes de resolverse a abrazar el uno o el otro estado, debe tener muy en cuenta que su alma es eterna; es decir, que después de esta vida, que tan presto

se acaba, vendrá la muerte, y al entrar en ella le dará el Señor el premio o el castigo que haya merecido por las obras llevadas a cabo durante su vida. De suerte que la morada que le toque habitar en el punto de la muerte, ya sea feliz, ya desgraciada, en ella permanecerá por toda la eternidad: si tiene la dicha de salvarse, gozará para siempre de todos los encantos y alegrías del paraíso; si, por desgracia, se condena, padecerá los eternos tormentos del infierno. No pierda, pues, de vista que todas las cosas de este mundo presto se acaban. ¡Dichoso el que se salva, desventurado el que se condena! No se le caiga jamás de la memoria aquella admirable sentencia de nuestro Salvador: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si al cabo pierde su alma?". ¡Esta máxima ha determinado a tantos jóvenes a encerrarse en los claustros y a sepultarse en desiertas cuevas, y a tantas doncellas a abandonar el mundo para consagrarse a Dios y acabar sus vidas con santa muerte!

Considere, por otra parte, la mísera suerte que ha cabido a tantas nobilísimas damas, a tantas princesas y reinas que en el mundo ha habido; no les han faltado ni honores, ni alabanzas, ni servidores, ni aduladores viles; pero si han tenido la desgracia de condenarse, ¿de qué les aprovecharán ahora en el infierno tantas riquezas atesoradas, tantos placeres gozados, tantos honores disfrutados? Les servirán de tormento y angustias de conciencia, que despedazarán su corazón

eternamente, mientras Dios sea Dios, sin poder hallar remedio alguno a su eterna ruina.

Examinemos ahora muy despacio los bienes que el mundo promete en esta vida a sus seguidores y los bienes que da el Señor a los que le aman y por su amor todo lo abandonan.

El mundo promete mucho a sus amadores; pero ¿quién ignora que es un traidor, que promete y no sabe cumplir? Demos que cumpla sus promesas; ¿qué bienes podemos de él esperar? Bienes de la tierra; pero no puede dar la paz ni el contento que promete, porque todos sus bienes halagan a la carne y a los sentidos, pero no pueden calmar las aspiraciones del alma y del corazón. Nuestra alma ha sido criada por Dios únicamente para amarle en esta vida y después gozarle en la otra; por lo cual todos los bienes del mundo, todos sus placeres y grandezas giran en torno de nuestro corazón, pero no entran en él, que sólo Dios puede colmar. Por eso Salomón llamaba a los bienes del mundo vanidad y mentira, más aptos para afligir que para contentar nuestra alma. "Vanidad de vanidades los llamó y aflicción de espíritu". En efecto: la experiencia demuestra que, mientras más riquezas poseen los ricos, más angustiados viven y afligidos.

Si el mundo colmase las ansias del corazón con los bienes que da, las princesas y las reinas, a quienes no faltan diversiones, comedias, fiestas, banquetes, soberbios palacios, lujosos coches, ricos vestidos, joyas de

inestimable valor, pajes y lacayos que las sirven y les hacen la corte, vivirán en perpetua paz y contento. Pero, ¡ah!, ¡cómo se engañan los que así piensan! Preguntadles si gozan de paz verdadera; decidles si viven contentas. ¡Qué paz y qué contento! -os responderán todas-: mi vida es la vida de una desgraciada; no sé lo que es paz, ignoro lo que sea tener contento. El mal proceder de sus maridos, los disgustos que a cada paso les dan los hijos, los celos, los temores, las necesidades de la casa les dan a beber de continuo tragos de sinsabores y amarguras.

De la mujer casada puede decirse que es mártir de paciencia, si es que la tiene; que, de no atesorar esta virtud en su corazón, padecerá un martirio en este mundo y en la eternidad otro más espantoso. Aun cuando no padeciese otros trabajos bastarán los remordimientos de conciencia para atormentarla de continuo; porque, apegada como está a los bienes de la tierra, no frecuenta los sacramentos, apenas si se acuerda de encomendarse a Dios, y, privada de estos medios que tanto ayudan para bien vivir, caerá con frecuencia en el pecado y de continuo será despedazada por los remordimientos de conciencia. De donde resulta que todas las alegrías que le prometía el mundo se convierten en amarguras y serios temores de caer en la eterna condenación. ¡Desventurada de mí! -exclamará-, ¿cuál será mi suerte al entrar en la eternidad, viviendo como vivo alejada de Dios, sumergida en el pecado, caminando siem-

pre de mal en peor? Quisiera recogerme a hacer oración, pero los cuidados de la familia y las gentes de la casa, que siempre están en movimiento, me lo prohiben; quisiera asistir a los sermones, confesar y comulgar con frecuencia; quisiera ir a menudo a la iglesia, pero me lo estorba mi marido; a veces no puedo ir acompañada como fuera menester; añádase a esto los cuidados que me agobian, la crianza de los hijos, las continuas visitas y otros mil obstáculos que me tienen atada en casa; apenas si los días festivos a las altas horas de la mañana puedo ir a Misa. ¡Desventurada de mí! ¿Por qué habré cometido la locura de casarme? ¿No me hubiera sido mejor entrar en un monasterio para trabajar en mi santificación?

Pero ¿de qué sirven todas estas quejas y amargos lamentos, sino para aumento de sus angustias al ver que ya no puede remediar su mala elección, estando como está presa con mil lazos al mundo? Y si acaba la vida agobiada por el peso de tantas amarguras, su muerte será también triste y angustiosa. Rodearán su lecho de muerte sus criados, su esposo y sus hijos, que derramarán amargas lágrimas, que, lejos de servirle de consuelo, le causarán mayor aflicción, y así afligida, pobre de merecimientos y sobrecogida por el temor de su eterna salvación, tendrá que comparecer ante el Tribunal de Jesucristo, que la ha de juzgar.

Muy otra será la suerte de la religiosa que ha abandonado el mundo para consagrarse a Jesucristo. Será

feliz en compañía de tantas esposas del Señor, en una celda solitaria, lejos del bullicio del mundo y de los continuos y próximos peligros que corren de perder a Dios las personas que viven en el siglo. En la hora de la muerte le consolará el recuerdo de haber pasado sus mejores años dedicados a la oración, mortificación y otros ejercicios santos, como visitar al Santísimo Sacramento, confesarse y comulgar con frecuencia, hacer actos de humildad, esperanza y amor a Jesucristo; y si bien el demonio no cesará de atormentarla con el recuerdo de los pecados cometidos durante su juventud, su divino Esposo, por cuyo amor abandonó el mundo, sabrá consolarla, y, llena de confianza, morirá abrazada a Jesús crucificado, que le llevará consigo al paraíso para vivir en su compañía por toda la eternidad.

Ya que, hermana mía, va usted a elegir estado, escoja aquel que hubiera deseado elegir en la hora de la muerte. En aquella hora tremenda, al ver que todo se acaba, todos exclaman: ¡Ojalá hubiera trabajado por santificarme! ¡Ojalá hubiera abandonado el mundo para consagrarme a Dios! Pero entonces, lo hecho está; no tienen más remedio que rendir el alma y presentarse ante el Tribunal de Cristo, que les dirá: "Venid benditos de mi Padre, venid a gozar conmigo para siempre". O bien oirán estas otras palabras: "Apartaos de mi e id para siempre al infierno".

Ahora está usted a tiempo de elegir entre el mundo y Jesucristo; si toma el partido del mundo, no se olvi-

de que tarde o temprano se ha de arrepentir; por eso piénselo bien. De entre las mujeres que viven en el mundo, muchas se condenan; en los monasterios rara es la que se pierde eternamente. Encomiéndese a Jesús crucificado y a María Santísima a fin de que le den la luz y la gracia necesarias de elegir el camino que mejor la lleve a su salvación eterna.

Si quiere hacerse religiosa, ha de estar resuelta a santificarse, porque, si piensa llevar en el monasterio, a ejemplo de algunas religiosas, vida tibia e imperfecta, de nada le serviría entrar en religión; porque, después de vivir vida infeliz, la acabaría con muerte desgraciada.

En fin: de sentir usted repugnancia invencible por la vida del claustro, no puedo aconsejarle que abrace el estado del matrimonio, puesto que San Pablo a nadie lo aconseja, fuera del caso de pura necesidad, en el cual, por fortuna, no se halla usted; entonces permanezca al menos en su casa, trabajando en su santificación. Le ruego que durante nueve días rece la siguiente oración:

¡Oh Señor mío Jesucristo, que habéis muerto para salvarme!, os suplico, por los méritos de vuestra preciosísima sangre, que me deis la luz y la fuerza necesaria de elegir el estado que más convenga a mi salvación. Y Vos, ¡oh María, Madre mía!, alcanzadme esta gracia con vuestra poderosa intercesión.

CAPÍTULO III

Consideraciones útiles a las personas que son llamadas al estado religioso

CONSIDERACIÓN I

Cuán bien se asegura en el estado religioso la salvación eterna del alma.

Para llegar a entender la importancia de nuestra salvación eterna, basta tener fe y considerar que tenemos una sola alma; que si la perdemos, lo hemos perdido todo. "¿De qué aprovecha al hombre -dice Jesucristo- ganar todo el mundo si al cabo pierde su alma?". Esta gran máxima del Evangelio ha arrastrado a tantos jóvenes a retirarse a los claustros, y a vivir en los desiertos, y a dar su vida por Jesucristo en medio de exquisitos tormentos... ¿De qué nos sirve, exclamaban, poseer todo el mundo y todos los bienes que el mundo puede ofrecer en esta miserable vida, que tan presto ha de acabar, para concluir por condenarse y padecer eternos tormentos en aquella otra vida, que jamás tiene fin? ¿Qué le queda a tantos ricos, a tantos príncipes, a tantos emperadores, que ahora están en el infierno, qué les queda, repito, de todo el fausto y grandeza que gozaran en el mundo, sino mayor tormento y más espantosa desesperación? "Todas aquellas cosas

pasaron como la sombra" (54). Pasó como pasa la sombra, como se desvanece un sueño; sólo les queda el suplicio que vienen padeciendo desde hace tantos años y padecerán por toda la eternidad.

"La escena de este mundo -dice San Pablo- pasa en un momento" (55) y dura poco; dichoso el que en esta comedia del mundo sabe desempeñar el papel que Dios le ha confiado, feliz presagio de la suerte que le espera en la otra vida, que no tendrá fin. Poco le importará entonces el haber sido en este mundo pobre, despreciado y atribulado, porque en la gloria estará contento y será honrado como rey del paraíso mientras Dios sea Dios. Si el Señor nos ha puesto en la tierra y en ella nos conserva, ha sido con el fin de alcanzar, no los bienes transitorios del mundo, sino los bienes eternos del paraíso. "Vuestro fin -dice San Pablo- es la vida eterna" (56).

Este es el fin al que deberían aspirar todos los hombres que viven en el mundo; el mal está en que los mundanos piensan poco o nada en el negocio de su eterna salvación. En medio de las tinieblas de este mundo, la mayor parte de los hombres sólo sueñan en granjearse honores y placeres, y por esta razón muchos se condenan. "Está horrorosamente desolada toda la tierra -exclama Jeremías -porque no hay nadie que

---

54: Transierunt omnia illa tanquam umbra. (Sapientia, V9).

55: Praeterit figura hujus mundi. (I Cor, VII. 51).

56: Finem vero, vitam aeternam. (Rom, VI 22)

reflexione en su corazón" (57). ¡Cuán pocos son, en efecto, los que se detienen a considerar el trance fatal de la muerte, que ha de acabar con la comedia de este mundo! ¡Cuán pocos los que se acuerdan de la eternidad que les espera! ¡Cuán pocos los que meditan en lo que Dios ha hecho para manifestarnos su amor! De aquí resulta que andan a tientas, ciegos y alejados de Dios, a manera de bestias, con los ojos puestos en los bienes de la tierra, sin alzarlos para mirar a Dios, sin desear conseguir su amor y sin pensar en la eternidad. Y caminando de esta suerte, acaban su vida con muerte desgraciada principio de una muerte y desventura eterna, donde al cabo abrirán los ojos, pero sólo para deplorar su ceguedad y llorar para siempre su locura.

Pues bien: uno de los grandes medios de salvación que se halla en todas las religiones es la meditación continua de las verdades eternas. "Acuérdate de tus postrimerías" -dice el Sabio- "y nunca jamás pecarás" (58). En todas las casas bien ordenadas se hace cada día meditación y varias veces al día. Por lo cual es moralmente imposible que, estando de continuo rodeado de los esplendores que despiden las cosas celestiales, se viva, a lo menos por mucho tiempo, alejado de Dios y sin tener ajustadas las cuentas para la eternidad.

57: Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde. (Jer, XII, II).

58: Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis (Eccli, VII, 40).

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! Indigno soy de la gran misericordia que conmigo habéis usado, pues os habéis dignado llamarme a gozar del singular honor de vivir en vuestra casa como familiar vuestro, habiendo dejado en el siglo a tantos otros, no obstante haberos yo ofendido más que todos ellos y héchome acreedor a que me privaseis de vuestras luces. Dadme a conocer, Señor, este señaladísimo favor que me habéis hecho, a fin de que pueda por ello daros siempre gracias, como me propongo espero hacerlo en el tiempo y en la eternidad. No permitáis que responda con ingratitud a tanta bondad. Ya que me habéis tratado con tanta predilección y me habéis amado más que a los otros, justo es que yo os sirva y os ame con más fidelidad que los demás.

¡Oh Jesús mío! Puesto que así lo queréis, os hago de mí total entrega. Aceptadme, y de hoy en adelante conservadme como cosa vuestra, pues ya no me pertencezco. Acabad, Señor, en mí la obra que habéis comenzado. Me habéis llamado a esta casa porque es vuestra voluntad que me santifique; haced de mí lo que os agrade. Hacedlo Vos, Eterno Padre, por el amor de Jesucristo, en quien tengo puestas todas mis esperanzas. Os amo, Dios de majestad infinita; os amo, Bondad sin medida; sólo a Vos amo y quiero amar para siempre.

¡Oh María, esperanza mía! Socorredme y alcanzadme la gracia de ser siempre fiel y agradecido a mi Señor Jesucristo.

CONSIDERACIÓN II

Muerte feliz del religioso

"Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor", dice San Juan (59). ¿Y quiénes son estos muertos dichosos que mueren en el Señor, sino los religiosos, que, al llegar al cabo de la vida, están ya muertos al mundo, puesto que se han desprendido de él y de todos sus bienes por medio de los santos votos?

Considera, hermano, cuán dichoso y feliz serás si, obedeciendo a la voz de Dios, que te llama a la religión, tienes la fortuna de morir en la casa del Señor. El demonio te querrá persuadir de que si entras en un convento tendrás que arrepentiste de haber abandonado tu casa y tu patria y de haber defraudado las esperanzas que tu familia tenía puestas en ti. En semejantes casos pregúntate a ti mismo: En el punto y hora de la muerte, ¿me arrepentiré o me alegraré de haber llevado a la práctica mi resolución? Por eso te ruego que te pongas ahora en el caso de que vas morir y com-

---

59: Beati mortui in Domino moriuntor. (Apocalipsis XIV, 13).

parecer ante el Tribunal de Jesucristo; puesto en trance tan apurado, ¿qué es lo que entonces hubieras querido hacer? ¿Dar gusto a tus parientes? ¿Mirar por los intereses de tu familia y de tu patria? ¿Morir rodeado de hermanos, de sobrinos y de toda suerte de parientes? ¿Vivir en tu propia casa, sin más ley que tu voluntad, honrado con el título de párroco, con la dignidad del canónigo u obispo, o investido con el poder de ministro del reino? ¿No quisieras mejor acabar tus días en la casa de Dios, asistido de tus hermanos de religión, que te alienten a franquear los umbrales de la eternidad, después de haber vivido por espacio de muchos años en tu convento humillado, mortificado, despojado de todos los bienes, lejos de tus parientes, privado de tu propia voluntad, por haberla puesto en manos de la obediencia; desprendido, finalmente, de todas las cosas de la tierra? Todo esto torna soberanamente agradable la muerte.

El que acostumbra a privarse de los placeres del mundo, dice San Bernardo, no sentirá dificultad alguna en abandonarlo (60). El papa Honorio II deseaba en la hora de la muerte, antes que ser papa, haberse quedado en su convento lavando la vajilla. El rey Felipe II, en su hora postrera, deseaba, antes que rey, haber sido lego de cualquier religión para servir a Dios.

60: Qui consuevit se delectationibus mundi privari mundum deserere non sentiet.

Felipe III, rey también de España, al morir exclamó: "¡Ojalá que en vez de ser rey me hubiera sepultado en un desierto, para servir a Dios, porque ahora me presentaría con mayor confianza delante de su Tribunal".

Por tanto, cuando el infierno te tiente contra la vocación, procura luego traer a la memoria el instante de la muerte, del cual depende la eternidad. De esta suerte vencerás todas las tentaciones, serás fiel a Dios y a buen seguro que no tendrás que arrepentirte en aquel trance supremo; darás siempre gracias a Dios, vivirás y morirás contento.

Gerardo, hermano de San Bernardo, murió cantando, al pensar que moría en la casa de Dios.

El P. Suárez, de la Compañía de Jesús, experimentó tan grande consuelo y tanta dulzura por morir en la religión, que llegó a decir: "No podía yo imaginar que la muerte fuera cosa tan suave".

Otro santo religioso de la misma Compañía de Jesús comenzó a reír en la hora de la muerte, y como le preguntasen por qué reía, respondió: "¿Y por qué no he de reír? ¿No ha prometido el paraíso el mismo Jesucristo al que lo ha abandonado todo por su amor? ¿No ha dicho también "que el que dejase la casa, el padre o la madre, recibirá el ciento por uno y después la vida eterna?" (61). Yo lo he abandonado todo por

---

61: Qui reliquerit domun, vel patrem, aut matrem... centuplum accipiet et vitam aeternam possidebit. (Mt 19, 29).

Dios; y como Dios es fiel, no puede faltar a sus promesas; por consiguiente -añadía-, ¿no hay sobradas razones para alegrarme y sonreir, con tantas prendas como tengo de alcanzar el paraíso?".

Como le preguntasen a cierto hermano lego en la hora de la muerte cuál era su mayor deseo, contestó: "Sólo deseo morir y unirme con Dios".

El P. Jenaro Sarnelli, de nuestra Congregación, poco antes de morir, en un coloquio que sostenía con Dios, dijo estas palabras: "Bien sabéis, Señor, que todo cuanto he hecho y pensado, todo ha sido para vuestra mayor gloria; ahora suspiro por el momento de ir a veros cara a cara en el cielo, si tal es vuestro beneplácito". Y luego añadió: "Ahora quiero entrar en dulce agonía". Desde aquel momento se puso a conversar amigablemente con Dios; poco después expiró plácidamente, quedando en sus labios dibujada una sonrisa. Su cuerpo despedía un olor suavísimo, que embalsamó, según me dijeron, toda la estancia del difunto.

Razón, pues, tenía San Bernardo para exclamar, hablando del tránsito feliz de los religiosos: ¡Dichosa vida, en la cual se espera sin temor la muerte; aún más: se espera con ansia y se recibe con devoción!".

ORACIÓN

¡Oh Señor mío Jesucristo, que para alcanzarme una muerte feliz habéis padecido muerte tan amarga! Ya que me habéis amado hasta el extremo de escogerme para seguir de cerca vuestros pasos y unirme más estrechamente con vuestro enamorado Corazón, ligadme, os ruego, con las dulces cadenas de vuestro amor, a fin de que jamás me aparte de vuestro lado. Amado Redentor mío, quiero manifestaros mi agradecimiento y corresponder a tantos favores vuestros, pero temo que mi debilidad me haga traición; no lo permitáis, Jesús mío; enviadme la muerte antes que os abandone y me olvide del especial afecto que me habéis manifestado.

Os amo, amadísimo Salvador mío; Vos sois y seréis siempre el único dueño de mi corazón y de mi alma. Lo abandono todo para elegiros a Vos solo como mi único tesoro, ¡oh purísimo Cordero y ardentísimo amante de mi corazón! "Mi amado es cándido y rubicundo- os diré con la Esposa de los Cantares-, elgido entre mil" (62). Lejos de mí, vanas criaturas del mundo; mi único bien es mi Dios, Él es mi amor y mi todo. Os amo, Jesús mío, y en amaros quiero emplear toda mi vida, sea corto o largo el tiempo que me resta de vivir. Os abrazo y os estrecho contra mi corazón, y así

62: Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. (Cant, V, 10).

abrazado con Vos quiero exhalar mi postrer suspiro. Esta es la gracia que os pido; esto es lo único que deseo: vivir siempre abrasado y consumido por vuestro amor. Y cuando llegue el fin de mi carrera, haced que mi último suspiro sea un ardentísimo acto de amor hacia Vos.

Inmaculada Vigen María, alcanzadme esta gracia; de Vos la espero.

CONSIDERACIÓN III.

Estrecha cuenta que deberá dar a Jesucristo en el día del Juicio el que no haya obedecido a su vocación.

La gracia de la vocación al estado religioso no es una gracia ordinaria; es, por el contrario, muy rara, y Dios la concede a pocas almas. "No ha hecho otro tanto con las demás naciones", dice el Salmista (63). Preferible es ser llamado por Dios a la vida religiosa y vivir en la casa del Señor, como amigo y familiar suyo, que ser elegido rey de una de las naciones más poderosas de la tierra, pues no hay comparación entre un reino temporal y el reino eterno de la gloria.

Cuanto mayor es la gracia del Señor, tanto más se indignará contra los que la menosprecian y tanto más

---

63: Nom fecit taliter omni nationi. (Ps, CXLVII. 20).

severo se manifestará en el día terrible del juicio al exigir cuentas a los que no correspondan a ella. Si un rey se dignase a recibir en su real palacio a un pastorcito para que le sirviera entre los grandes de su corte, ¿cuál no sería su indignación si rehusara tan señalado favor por no abandonar su pobre cabaña y su reducido rebaño? Dios, que tiene cabal conocimiento de su gracia, castiga con severidad al que le menosprecia. Él es dueño y Señor, y, cuando llama, quiere que se responda a su voz y que se le obedezca presto. Por lo cual, cuando con sus inspiraciones llama a un alma a vida más perfecta, si no corresponde a su llamamiento, le retira sus luces y la hace caminar entre tinieblas. ¡Oh, a cuántas almas sin venturas veremos condenadas en el día del juicio precisamente por esto, por no haber querido responder a la voz de Dios!

Da, pues, gracias al Señor que te invita a seguirle; pero teme si no respondes a su invitación. Mientras Dios te llama a seguirle más de cerca, es señal de que te quiere salvar; pero querrá ponerte en salvo siguiendo el camino que Él te ha escogido y señalado de antemano; si para salvarte te empeñas en tomar la senda que se te antoje, corres gran riesgo de no lograr el fin que pretendes; porque, queriendo permanecer en el siglo cuando Dios te quiere en la religión, te negará en el siglo los auxilios eficaces, que te había preparado viviendo en su santa casa, y privado de ellos no te salvarás.

"Mis ovejas -dice Jesucristo- oyen mi voz" (64); y el que no quiere obedecer a la voz de Dios, es señal manifiesta de que no es ni tampoco será del número de sus ovejas, sino que será envuelto en la maldición que en el valle de Josafat caerá sobre los cabritos, que representan a los réprobos.

ORACIÓN

¡Oh Señor!, grande ha sido vuestra bondad al escogerme a mí para que os sirva en vuestra casa en compañía de tantos siervos vuestros. Comprendo que la gracia es grande y que yo soy indigno de ella; pero aquí me tenéis; dispuesto estoy a obedeceros, dispuesto a corresponder a tan grande amor. Ya que os habéis manifestado conmigo tan generoso y liberal llamándome cuando, arrastrado por mi ingratitud, yo no os buscaba, no permitáis ahora que por seguir en pos del mundo, mi enemigo, que tantas veces me hizo perder vuestra gracia y mi eterna salvación, responda con nueva ingratitud y os abandone a Vos, que por mi amor habéis dado la sangre y la vida. Ya que me habéis llamado, dadme al mismo tiempo la gracia de responder a vuestra voz; y aunque yo he prometido obedeceros, renuevo otra vez mi promesa; pero sin la gracia de perseverancia no puedo seros fiel; esta es la gracia que ahora os pido, y que es-

64: Oves meae vocem meam audiunt. (Jo, X, 72).

pero alcanzar por los méritos de vuestra sangre. Dadme el valor necesario para vencer las pasiones de la carne, con las cuales pretende el demonio atarme al mundo.

Os amo, Jesús mío, y a Vos me consagro por entero; ya soy vuestro y quiero serlo siempre. ¡Oh María, Madre y esperanza mía! Vos sois la Madre de la perseverancia; esta gracia sólo se otorga por vuestra mediación; obtenédmela, pues, que en Vos confío.

CONSIDERACIÓN IV

Tormento que padecerá en el infierno el que se condene por haber perdido la vocación

Aun en el mundo, el que por su culpa ha perdido un gran bien, o voluntariamente se ha causado algún grave daño, experimenta tan gran pesadumbre, que se le hace la vida insoportable. Ahora bien, ¿qué tormentos no padecerá en el infierno aquel joven que, por favor señaladísimo de Dios, fue llamado a la vida religiosa, y que por no haber seguido la vocación se condenó? En el infierno conocerá que, si hubiera obedecido a la voz de Dios, alcanzara un trono de gloria, y entonces se verá sepultado en aquella cárcel de tormentos, sin esperanza de poner remedio a su eterna ruina.

Este será aquel gusano que nunca muere y que, viviendo siempre, atormentará su corazón con no inte-

rrumpidos remordimientos. ¡Loco de mí! -exclamará- ¡desventurado de mí! ¡Podía haber sido un gran santo: ya lo hubiera logrado, de obedecer a la voz de Dios, y ahora estoy condenado sin remedio!

Para colmo de desventura, sabrá entonces el muy desgraciado, y en el día del juicio universal lo entenderá mejor, que muchos estarán sentados a la diestra de Jesucristo, con la frente adornada con la aureola de la santidad, por haber sido fieles a la voz de Dios y haber abandonado el mundo para retirarse al claustro, adonde el Señor los había llamado. Entonces se verá también separado de la compañía de los bienaventurados y envuelto en una turba innumerable de míseros condenados por haber desobedecido a las inspiraciones de Dios. ¡Tan cierto es que el recuerdo de la gracia de la vocación le doblará los suplicios del infierno!

Ya hemos visto más arriba cuán expuestos están a caer en tan lamentable estado los que, por seguir sus antojos, desoyen la voz de Dios. Por eso, hermano mío, tú, que has sido llamado por el Señor a su santa casa para santificarte, no olvides que te expones a gran peligro de condenarte si voluntariamente pierdes la vocación. Esta gracia que Dios te ha dado, llevado de su infinita bondad, y que separándote de entre la generalidad de los cristianos, te coloca en el escogido número de los príncipes de la gloria, si eres infiel a Dios se trocaría por tu culpa en un infierno para ti más espantoso. Ahora pone el Señor la elección en tu mano; escoge pues, lo que más

te agrade: o ser un gran rey en el paraíso o un condenado del infierno más atormentado que los otros réprobos.

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! no permitáis que os desobedezca y os sea infiel. Veo las finezas de vuestra bondad y las agradezco; pues advierto que, en lugar de arrojarme de vuestra presencia y lanzarme al infierno, que tantas veces he merecido, me llamáis a hacerme santo y a ocupar un excelso trono en el paraíso. Comprendo que merecería doblados castigos si no correspondiese a esta gracia, que no a todos concedéis. Quiero obedeceros; vuestro soy y vuestro quiero siempre ser. Abrazo con alegría todas las incomodidades y trabajos que trae consigo la vida religiosa, a la cual me llamáis. Y ¿qué son estas penas y trabajos en comparación de los tormentos eternos, que tengo bien merecidos? Mis pecados me habían ya condenado a ellos; ahora me entrego enteramente a Vos: disponed de mí como os agrade. Señor, aceptad por siervo vuestro, para que os ame en esta y en la otra vida, a un condenado del infierno como lo soy yo. ¡Oh Dios infinitamente amable!, quiero ahora amaros tanto cuanto he merecido ser odiado de Vos en el infierno.

¡Oh, Jesús mío! Vos habéis quebrado las cadenas que me ligaban al mundo y me habéis librado de la esclavitud de mis enemigos; en agradecimiento, quie-

ro amaros mucho, amadísimo Salvador mío y por el amor que os tengo quiero serviros siempre y hacer vuestra santísima voluntad.

Gracias sean también dadas a Vos, ¡oh María mi abogada!, a quien soy deudor de tan gran favor; ayudadme y no permitáis que responda con ingratitud al Señor, que tanto me ha amado. Enviadme la muerte antes de ser infiel a tan singular merced. Así lo espero.

CONSIDERACIÓN V

De la gloria inmensa que gozan los religiosos en el Cielo

Considera, en primer lugar, lo que dice San Bernardo: que difícilmente se condena el religioso que muere en su vocación. "De la celda al cielo -dice el Santo- es camino trillado; apenas habrá uno que de la celda baje al infierno". Y, dando la razón, añade: "Porque apenas hay uno que persevere en la vocación hasta la muerte, si ese es del número de los predestinados" (65). Por eso San Lorenzo Justiniano llamaba a la religión puerta de la ciudad celestial, y añadía que el religioso tiene prendas seguras de predestinación (66).

65: Facilis via de cella ad coelum; vix unquam aliquis de cella in infernum descendit. Quia vix unquam nisi coelo praedestinatus, in ea usque ad mortem persistit. (De Vit. sol. c. 4).

66: Illius coelestis civitatis iste este introitus. Magnum quippe electionis indicium est. (De dise. mon., c.7).

Considera, además, que el cielo, como dice el Apóstol, es corona de justicia; de donde se sigue que, si bien el Señor premia nuestras obras más de lo que en sí merecen, sin embargo da a cada uno el premio que ha merecido, según aquellas palabras de San Mateo: "Dará el pago a cada cual según sus obras" (67). Rastread por aquí cuán grande sea la recompensa que dará el Señor en el cielo a los buenos religiosos en atención al inmenso cúmulo de méritos que cada día atesoran.

El religioso ofrece a Dios todos los bienes de la tierra y se complace en vivir pobre, sin facultad de poder disponer de cosa alguna. El religioso se desprende de sus parientes, de sus amigos y de su patria, para unirse más estrechamente con Dios. El religioso se priva continuamente de muchas cosas que pudiera disfrutar en el siglo. El religioso, finalmente, se entrega a Dios por entero, sacrificándole su propia voluntad por el voto de obediencia.

Lo que más amamos es la voluntad propia, y lo que el Señor de continuo nos pide es el corazón, o sea la voluntad. "Dame, hijo mío -nos dice-, dame tu corazón" (68). Los que sirven a Dios en el mundo le dan las cosas que tienen, pero no le entregan su persona; le dan parte, pero se reservan el todo; le dan sus riquezas en forma de limosnas; le sacrifican su alimento por el

---

67: Reddet unicuique secundum opera ejus. (Mt XVI, 27).
68: Praebe, fili mi, cor tuum mihi. (Prov, XXIII, 26).

ayuno; le ofrecen su sangre por medio de disciplinas; pero conservan siempre intacta la voluntad propia, ayunando cuando les agrada, orando cuando quieren. En cambio, el religioso, entregando a Dios su propia voluntad, se da a sí mismo, y se da enteramente, pues le da, no sólo los frutos del árbol, sino el mismo árbol. Después de esto puede decir con toda verdad: Señor, desde que os he dado mi voluntad, no tengo más que daros.

De suerte que, obrando el religioso por obediencia, está seguro de hacer en todo la voluntad de Dios y de merecer por todas sus obras, no sólo cuando hace oración, y predica, y oye confesiones, y ayuna, y se ejercita en otras mortificaciones, sino también cuando va a comer, cuando barre su celda, cuando se retira a descansar, cuando arregla su cama y cuando se recrea, porque, obrando siempre a impulsos de la obediencia, hace en todo la voluntad de Dios. Santa María Magdalena de Pazzis decía que es oración todo lo que se hace por obediencia. Y San Anselmo, hablando de los religiosos que viven debajo de obediencia y la aman, asegura que son meritorias todas sus obras. San Luis Gonzaga comparaba la religión a un buque de vela, en el cual, aun sin remar, se va siempre adelante.

A buen seguro que el religioso, observando su regla, ganará más en un mes que el seglar en un año con todas sus oraciones y penitencias. San Dositeo, discípulo de San Doroteo, en cinco años que vivió bajo obe-

diencia recibió en el cielo, según una revelación, tanta gloria como San Pablo ermitaño y San Antonio, no obstante haber vivido tantos años en el desierto. Verdad es que el religioso tiene que sufrir durante la vida las incomodidades que trae consigo la observancia regular. "Cuando iban, dice el Salmista, esparcían llorando sus semillas; mas cuando sean llamados a la gloria vendrán con gran regocijo, trayendo las gavillas" (69) y las manos cargadas de méritos. Entonces cantarán con David: "En delicioso sitio me cupo la suerte; hermosa es, a la verdad, la herencia que me ha tocado" (70). Los lazos que me han ligado con mi Señor son para mí de inestimable valor, y harto inmensa la gloria que me ha tocado en suerte.

ORACIÓN

Pero ¿es posible, Dios mío y verdadero amante de mi alma, que Vos tanto deseéis mi bien y mi amor, y yo, en cambio, sea tan miserable que tan poco me esfuerce por amaros y agradaros? ¿Por qué me habéis prodigado tantos favores y tantas gracias, por qué me habéis sacado del mundo para unirme a Vos? Ya os comprendo, Jesús mío; es que Vos me amáis mucho y

---

69: Euntes ibant et felbant mittentes semina sua: venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos. (Ps, CXXV, 6).

70: Funes ceciderunt mihi in praeclaris; etenim haereditas mea praeclara est mihi. (Ps, XV, 6).

queréis que yo también os ame con todo mi corazón y sea todo vuestro en esta y en la otra vida. Queréis que las criaturas no me arrebaten mi amor, sino que todo os lo ofrezca a Vos, único bien mío y el objeto único digno de infinito amor.

¡Ah, Señor mío, mi tesoro, mi amor y mi todo! Mi ambición, mi gran deseo es amaros a Vos con todo mi corazón. Gracias os doy por este gran deseo que me dais; conservádmelo y dignaos acrecentarlo, y haced que os agrade y os ame en la tierra cuanto Vos queráis, a fin de que pueda un día veros cara a cara en el cielo y amaros con todas mis fuerzas. Dios mío, lo único que os pido es amaros, y amaros con todo mi corazón; para conseguir vuestro amor estoy dispuesto a padecer toda suerte de trabajos. Quiero hacerme santo no para tener más gozo en el paraíso, sino para agradaros a Vos, amadísimo Salvador mío, y para amaros mucho por toda la eternidad. Padre Eterno, oíd mis súplicas por amor de Jesucristo.

¡Oh María, Madre mía, ayudadme por amor de vuestro Hijo! Vos sois mi esperanza, de Vos espero toda suerte de bienes.

CONSIDERACIÓN VI

De la paz interior que Dios da a gozar a los buenos religiosos

Las promesas del Señor no pueden fallar, y el Señor ha dicho: "Todo el que abandonare a su casa y a sus hermanos y a sus hermanas, o a su padre y a su madre, o sus posesiones por mi nombre, recibirá el ciento tanto y poseerá la vida eterna" (71); es decir, el céntuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra.

La paz del alma es un bien que vale más que todos los reinos de la tierra. Y ¿de qué aprovecha tener dominio sobre todo el mundo sin la paz de la conciencia? Preferible es vivir en pobreza como el último labriego, pero vivir contento, que ser señor de todo el mundo viviendo en perpetua turbación. Pero esta paz del alma, ¿quién la puede dar? El mundo ciertamente que no; la paz es un bien tan grande, que sólo Dios la otorga. "¡Oh Señor! -exclama la Iglesia-, da a tus siervos aquella paz que el mundo no puede darles" (72). Por esto San Pablo llama al Señor "Dios de toda consolación". Pues bien: si Dios es el único dispensador de la paz, ¿a quiénes se complacerá en otorgarla, sino a los que todo lo abandonan y se desprenden de las criaturas para dar su cora-

71: Mt, XIX, 29.

72: Da servis tuis illam, quam mundus darenon potest, pacem.

zón al Criador de ellas? Y la experiencia testifica que un religioso encerrado en su celda, aunque pobre, mortificado y despreciado, goza de más tranquila paz que todos los grandes del mundo con todas sus riquezas con todas sus honras y placeres que disfrutan.

Decía Santa Escolástica que, si llegaran a entender los hombres la paz que gozan los buenos religiosos, el mundo se trocaría en un vasto monasterio. Y Santa María Magdalena de Pazzis añadía que, si esto lo comprendieran bien, tomarían por asalto los conventos. El corazón humano, criado para poseer un bien infinito, no puede colmar sus aspiraciones con criaturas finitas y perecederas; sólo Dios, que es infinito, puede darle pleno contento. "Cifra tus delicias en el Señor, dice el Salmista, y te otorgará cuanto desea tu corazón" (73). El buen religioso, que vive unido con Dios, no tiene por qué envidiar a los grandes del mundo, que poseen reinos, riquezas y honores. "Que los ricos guarden para sí sus riquezas y los reyes sus reinos -exclamará con San Paulino-, que mi reino y mi corona es Cristo" (74). Verá que los mundanos locamente se glorían en sus fastuosas vanidades; mas él, anhelando desprenderse cada día más de las cosas de la tierra para unirse estrechamente con Dios vivirá contento, diciendo con

---

73: Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui. (Ps. XXXVI, 4).

74: Sibi habeant divitias suas divites, sibi regna sua reges, nobis gloria, et possessio et regnum Christus est. (Epist. ad Aprum).

David: "Unos confían en sus carros armados, otros en sus caballos, mas nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios" (75).

Decía Santa Teresa que una centellica de espirituales consuelos vale más que todas las alegrías del mundo. El P. Carlos de Lorena, hijo de los príncipes del mismo nombre, decía que, por un momento de celestiales dulzuras que el Señor le había hecho gozar en la religión, daba por bien pagados todos cuantos sacrificios había hecho para hacerse religioso; a las veces andaba tan contento, que estando sólo en su celda se ponía a bailar de pura alegría. El Beato Serafín de Ascoli, hermano lego capuchino, decía que no daría un palmo de su cordón por todos los reinos del mundo.

¡Oh qué dicha, después de haberlo dejado todo por Dios, poder exclamar con San Francisco: "¡Mi Dios y mi todo!", y con esto verse libre de la esclavitud del mundo, de los lazos del siglo y del apego a las cosas de la tierra! Esta es libertad propia de los hijos de Dios, como los son todos los buenos religiosos. Verdad es que, al principio, la privación de los pasatiempos y conversaciones que gozaba en el mundo, la regla y el orden de la Comunidad le parecerán camino sembrado de espinas; pero estas espinas, como dijo el Señor a Santa Brígida, se trocarán en flores y celestiales delicias una

---

75: Hi in curribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus. (Ps. XIX, 8).

vez que se padezcan con amor y resolución las primeras punzadas, y entonces comenzará a gustar aquella paz que, según San Pablo, *sobrepuja a todo encarecimiento* (76), a todas las satisfacciones de los sentidos, a todos los placeres que pueden proporcionar los banquetes, las fiestas y diversiones del mundo. ¿Habrá mayor placer en el mundo que saber dar gusto a Dios?

ORACIÓN

¡Oh Dios Mío, mi Señor, mi amor y mi todo! Bien sé que sólo Vos podéis satisfacer las ansias de mi corazón en esta y en la otra vida. Pero yo no quiero amaros por satisfacer mis gustos: todo mi deseo es amaros a Vos solo, y, amándoos, complacer a vuestro divino Corazón. Mi afán es que toda mi paz y todo mi contento estribe en someter mi voluntad a vuestra santísima voluntad, aunque para conseguirlo fuera menester sufrir toda suerte de trabajos; pues al fin Vos sois mi Señor, y yo indigna criatura vuestra. Y ¿qué gloria mayor puedo ambicionar que esmerarme en complacer a mi Señor y a mi Dios, que tan generosamente se ha mostrado conmigo en el amor? Vos, Jesús mío, habéis bajado del cielo a la tierra para llevar vida pobre y mortificada por mi amor; yo, de mi parte, renuncio a todo, para vivir consagrado al amor vuestro; mi mayor placer será el daros gusto.

76: Pax Dei quae exsuperat omnem sensum. (Fil, IV, 7).

Os amo, Redentor mío amabilísimo; os amo con todas mis fuerzas. Con tal que no me neguéis vuestro amor, tratadme después como os agrade; estoy resuelto a pasar por todo con tal de lograr complaceros.

¡Oh María, Madre de Dios!, protegedme y hacedme semejante a Vos, no en la gloria, que no merezco, como Vos la merecéis, sino en dar gusto a Dios y en cumplir su divina voluntad como Vos lo habéis hecho.

CONSIDERACIÓN VII

Del daño que la tibieza causa a los religiosos

Considera el estado miserable a que se ve reducido el religioso que, después de haber abandonado a su patria, a su familia y al mundo con todos sus placeres, y después de haberse entregado a Jesucristo, consagrándole su libertad, su voluntad y todo cuanto tenía, se expone al peligro de condenarse por haber caído en una vida tibia y negligente. Porque no está lejos de perderse el religioso tibio que había sido llamado a la casa de Dios para hacerse santo. El Señor amenaza a estas almas, si no se enmiendan, casi vomitarlas de su boca y abandonarlas. "Y porque eres tibio -dice- comenzaré a vomitarte de mi boca" (77).

77: Quia tepidus es... incipiam te evomere ex oremeo. (Apoc, III. 16).

Viendo San Ignacio de Loyola a un hermano lego de la Compañía que andaba tibio en el servicio divino, lo llamó cierto día y le dijo: "Dígame, mi hermano: ¿a qué ha venido a la religión?

-A servir a Dios- repuso el interpelado. -¿Qué es lo que dice, hermano mío? -replicó el Santo-; si me hubiera dicho que había venido a servir a un cardenal o a un príncipe de la tierra, sería buena la excusa; pero me dice que ha venido a servir a Dios, ¿y de este modo le sirve?".

Dice el P. Nieremberg que Dios ha decretado que algunos se salven, pero como santos; de suerte que si no se esfuerzan en vivir como santos, queriendo salvarse como imperfectos, no alcanzarán su eterna salvación. Estos tales -dice San Ambrosio- suelen quedar abandonados de Dios (78). Y ¿cómo los abandona? Permitiendo que de las faltas ligeras, que cometen con tanta facilidad y sin hacer cuenta de ellas, caigan en culpas graves y pierdan la divina gracia, y con la gracia la vocación. Santa Teresa de Jesús vió el lugar que le estaba preparado en el infierno de no haberse desprendido de un afecto terreno, aunque no gravemente culpable. Porque, como dice el Espíritu Santo: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá".

Muchos hay que quieren seguir a Jesucristo, pero de lejos, como hizo San Pedro, según refiere san Mateo hablando de la prisión de Jesús en el Huerto. Pero

---

78: Negligentes Deus desere consuevit. (In Pas. 118, s. 10).

obrando así, fácilmente les acaecerá lo que aconteció a San Pedro, el cual, puesto en la ocasión, renegó de Cristo. El tibio se dará por contento con lo poco que hace por Dios; pero Él, que lo ha llamado a vida más perfecta, no se dará por satisfecho, y en castigo de su ingratitud no sólo le privará de sus más regalados favores, sino que permitirá su completa ruina. Cuando dijiste: basta -escribe San Agustín-, comenzó tu perdición (79). La higuera del Evangelio sólo por no llevar fruto fue condenada al fuego.

Decía el P. Luis de la Puente: Yo he caído en muchas imperfecciones, pero jamás he hecho las paces con ellas. ¡Desventurado el religioso que, llamado a la perfección, hace treguas con sus defectos! Mientras el alma detesta sus imperfecciones, tiene esperanza de llegar a la santidad; pero cuando comete faltas y no hace cuenta de ellas, entonces puede darse por perdida toda esperanza de alcanzar la santidad. "Quien escasamente siembra -dice San Pablo-, escasamente recoge" (80). Para llegar a la santidad no bastan las gracias ordinarias; y ¿cómo Dios se mostrará pródigo en conceder sus favores a aquella alma que le escatima los afectos y las demostraciones de su amor?

Además, para hacerse santo es menester esforzarse y hacerse violencia para dominar todas las repugnan-

---

79: Si dixeris: suficit, periistei. (Serm. 169).

80: Qui parce seminat, parce et metet. (II Cor, IX 6).

cias de la naturaleza y nadie crea llegar a la perfección si no aventaja a los demás en la práctica de la virtud. Ya lo dijo San Bernardo: "Lo perfecto es siempre raro" (81).

Dime, hermano mío: ¿por qué has abandonado el mundo y todas las cosas? ¿No fue por ventura para hacerte santo? Pues bien: esta vida tan tibia y tan cargada de defectos, ¿es camino cierto para llegar a la santidad? Santa Teresa alentaba a sus hijas y les decía: "Hermanas mías, habéis hecho lo más; ahora os queda hacer lo menos para llegar a la santidad". Lo mismo te digo a ti: has dado el paso más difícil, abandonando tu patria, tu casa paterna, a tus parientes, todos tus bienes y todas tus diversiones; ahora te queda por hacer lo menos que es hacerte santo; pues a la obra.

ORACIÓN

¡Oh Dios mío!, no me arrojéis de vuestra presencia, como lo tengo merecido, porque estoy dispuesto a enmendarme. Comprendo que la vida tan imperfecta que llevo no puede agradaros; comprendo también que con mi tibieza cierro la puerta a las gracias especialísimas que deséais otorgarme. Señor, no me abandonéis todavía; seguid usando conmigo de vuestra misericordia, que estoy dispuesto a levantarme del miserable estado

81: Perfectum non potest esse nisi singulare.

en que vivo sumergido; quiero esforzarme para vencer mis pasiones, para seguir vuestras inspiraciones y para cumplir, lejos de aflojar en ellas, con más diligencia mis obligaciones; en una palabra: estoy dispuesto a hacer cuanto pueda para complaceros, sin omitir nada que yo entienda de ser vuestro agrado.

Vos, Jesús mío, me habéis colmado de gracias, y habéis llegado hasta dar por mí vuestra sangre y vuestra vida; no es razón, pues, que yo os sirva con tan poco fervor. Vos sois digno de ser honrado y amado por mí, y merecéis que por complaceros soporte con alegría toda suerte de trabajos y de fatigas. Redentor mío, harto conocéis mi flaqueza; ayudadme con vuestra poderosa mano; en Vos confío.

¡Oh María, Virgen Inmaculada!, ya que me habéis ayudado a abandonar el mundo, ayudadme ahora a vencerme a mí mismo y hacerme santo.

CONSIDERACIÓN VIII

Cuán agradable es a los ojos de Dios el alma que se le entrega totalmente

"Una sola es la paloma mía -dice el Señor-, la perfecta mía" (82). Y añade en los Proverbios: "Yo amo a

---

82: Una est columba mea, una est perfecta mea. (Cant, VI, 8).

los que me aman" (83). Almas hay que se dan a Dios, pero conservan todavía en el corazón algún apego a las criaturas, que les impiden entregarse al Señor por completo. Y ¿cómo puede Dios darse completamente al alma que divide su amor entre Él y las criaturas? Justo es que el Señor no se muestre pródigo de su amor con el alma que le ama con tasa y con medida. Por el contrario, se entrega sin reserva a las almas que, desterrando de su corazón todo lo que no es Dios y es contrario a su amor, dicen con toda verdad: *Dios mío y mi todo.*

Mientras que Santa Teresa amaba con amor no impuro, aunque sí desordenado, a una persona, no pudo oír de labios del Señor lo que oyó después de haber roto con todas las aficiones del mundo y se entregó de veras al amor de Cristo. "Ya que eres toda mía -le dijo Jesucristo- ahora yo soy todo tuyo".

Considera atentamente que el Hijo de Dios no paró hasta darse enteramente a nosotros "Ha nacido un parvulito para nosotros -dice Isaías- y se nos ha dado un hijo" (84). Y se ha entregado a la muerte por el amor que nos tenía. "Nos amó -dice San Pablo- y se entregó a sí mismo por nosotros" (85). Pues si todo un Dios -dice San Juan Crisóstomo- se te ha dado enteramente, sin tasa y sin medida (86), justo es que te entregues a Él

---

83: Ego diligentes me, diligo. (Prov, VIII, 17).
84: Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis. (Is IX, 6).
85: Dilexit nos et traditit semetipsum pro nobis. (Ef V, 2).
86: Totum tibi debit, nihil sibi reliquit.

totalmente y que, inflamado en santo amor, no te canses de repetir: "Tuyo siempre seré, a ti me entrego enteramente, ya que todo entero te has entregado a mí".

Apareciéndose Santa Teresa después de su muerte a una de sus religiosas, le dijo que el Señor ama mucho más a una alma esposa suya que se ha puesto en sus manos sin reserva que a mil otras almas tibias e imperfectas. De estas almas generosas y enteramente de Dios está formado el coro de los serafines. Tan enamorado está el Señor de las almas que aspiran a la perfección, que, al parecer, para ellas solas es todo su amor. "Una sola es la paloma mía -dice-, una es la perfecta mía". De donde concluía el Bienaventurado Gil: *Una uni*, una sola para uno solo. Es decir, tenemos una sola alma y debemos ofrecerla, no partida, sino entera, a Aquel que merece todo nuestro amor y del cual depende todo nuestro bien, y que, finalmente nos ama más que nadie.

"Déjalo todo -dice Tomás de Kempis- y lo hallarás todo" (87). Si lo abandonas todo por Dios, en Él hallarás todo. Y San Bernardo concluye diciendo: "Alma cristiana, eres una; ¡guárdate para uno solo!" (88). No dividas tu amor entre Dios y las criaturas; consérvalo entero, a fin de que lo entregues a Aquel que merece infinito amor y a quien únicamente debes amar.

87: Dimite omnia et invenies omnia. (Imit. I, 3, cap. 32).
88: O anima! Sola esto ut soli te serves. (In Cant. S. 40).